



PERIODICO SEMANAL

ILUSTRADO

LITERARIO, HUMORISTICO, JOCO-SERIO Y DE RECREO

Propiedad

DE LOS ALUMNOS DE LA ESCUELA DE ARTES Y OFICIOS

Director y administracion en la misma escuela

SUSCRICION

Por un mes	\$ 0.50
Por 3 meses	1.50
Por 6 meses	2.20
Por 1 año	4.00
Número suelto	0.15

EL BROMISTA

Montevideo, Agosto 31 de 1884

EN LAS FIESTAS

Y
POR LAS FIESTAS

Aquí entre las cuatro paredes de mi pobre morada, y a solas con mi conciencia, a falta de alguien en quien depositar mis impresiones y sucesos en los cuales he sido espectador en los días 24, 25 y 26, quiero conversar, y lo hago con mis queridísimos lectores y amabilísimas lectoras; pero a falta también de poderlo hacer de viva voz, lo verifico con mi pluma y la sangre, . . . de mi tintero, quiero decir, pues yo soy muy pacífico é incapaz de servirme de ese líquido tan preciado para uso tan fútil (como no sea el del chancho, que me gusta en cachuela).

Así pues, todo lo más despacito y en el tono más bajo posible (porque soy un poco sordo), y a fin de que no lo oigan los interesados, porque no me gustan compromisos y además, me precio de discreto, debo advertirles presten atención a lo que paso á comunicales, como *preludio de las fiestas patrias*.

Entré en la peluquería, donde tomé asiento y me puse á leer un periódico, esperandome llegara el turno de entrar en poder de las manos del maestro ó del oficial, cuando fui sorprendido por la presencia de un aspirante á hombre, que penetrando en el aposento en el momento en que otro se levantaba é iba á lavarse para volverse á sentar á concluir de hacerse el *toilette*, sin decir, agua vá, toma posesion de aquel asiento como de plaza conquistada, con estupefaccion de los asistentes que lo contemplabamos con tamaño boca abierta, y la indecision del maestro, que luchaba entre el deber de concluir de arreglar al que acababa de levantarse y hacer levantar al que de un modo tan impertinente se conducia, ó dejar á éste en el asiento y que el verdadero poseedor tomara la actitud que era de ene asumiera. Pero hé aquí que el perjudicado, profiriendo algunas palabras entre dientes que lo mismo que salian de sus labios cargadas de ironia, hubiera querido cargarlas con una bala, tal vez por evitar un disgusto al dueño de la casa, tomó su sombrero y agrandó la distancia que le separaba del *endevido* que, en el estado de aturdimiento en que habia entrado, ni se habia apercibido de lo que pasaba á su rededor, por lo que, acto continuo dijo:

—Maestro, pronto; tengo mucha prisa.

—Cortamos el pelo?
—No, quiero afeitarme.
—Dice usted qué?
—Que quiero afeitarme.
—Bueno, bueno (muchas docenas de estos me hacian falta).
—Me dejé la barba hace algunos dias, y veo que me incomoda mucho.
—Claro, y con estos calores incomoda más.
(La noche anterior habia caído una helada regular).
—Déjeme el bigote, ¿oye usted?
—Muy bien señor.
—Pero maestro, temo que como aquí no hay muy buena luz no lo vea usted bien y me corte las narices pensando que es el bigote. Seria mejor que encendiera usted el gas.
—No hay necesidad; aunque no le veo, me lo supongo.

—Déjeme también ese lunar que tengo junto á la oreja, porque sino, se me enojará mi adorada.
—Descuide usted, se lo voy á dejar hecho un chiche.
—Muy bien maestro, voy á recomendar su casa á todos mis amigos.
—Gracias; yo también me intereso siempre por los hombres de buena voluntad y así, le voy á vender lo que no vendo á nadie. Tengo un elixir riquísimo, que en poco tiempo hace crecer la barba. Con seis frascos llegará usted á tener una barba de tres bes, en poco más de dos meses.
—Pero eso es cierto, maestro?
—¡Oh! yo á usted no lo engaño; mi elixir es un verdadero descubrimiento de oro.
—¿Y cuánto vale cada frasco?
—Dos pesos.



SR. Dⁿ JOSÉ E. PESCE
Superintendente de la Casa de Gobierno

Director y Redactor en jefe
Pedro Rodriguez.
Redactor literario y colaborador
artístico—Federico Renom, y
Redactor, Benjamin de la Hant.
Administrador—Rufino Saenz,
Editor responsable—José Ame-
guin.

—Pues deme usted. . . . una docena; más vale que sobre que no que falte.

—Y le crecerá cor, más fuerza.

—¿Acaba ya maestro?

—¿Esta usted invitado para el Tedeum?

—Si maestro, pero no voy; ire más tarde á la Casa de Gobierno á ver el desfile, aunque no sea más que por cumplir.

—Ya está usted listo ¿quiere un poco de cosmético en el bigote?

—No, maestro (yo creo que este hombre me está embromando), ¿qué le debo?

—Poca cosa, cinco reales.

Nuestro petimetre salió con aire de satisfacción, y como la curiosidad me detuvo más de lo pensado, hube de marcharme también sin llevar á cabo el objeto que me hizo entrar, despidiéndome hasta luego.

Caminaba por la calle de Sarandí, y observando que detrás de mí lo hacian en la misma direccion una señorita y una señora, con paso algo precipitado y conversacion animada, las dejé pasar delante, y la pícara curiosidad me hizo seguir las, oyendo el siguiente diálogo.

—Pero mamita, tu ves que eso seria ponernos en ridículo.

—Mira mi hija, yo creo que más ridículo es gastar hoy en trapos y dijes, lo que mañana nos hará falta para obligaciones más imperiosas.

—Déjate de zonzeras, máma; mira que papelon haríamos si fuéramos al baile de esta facha. Luisa y Lelia se presentarán con gran lujo, y nosotras no debemos ser menos; y despues de todo, tu ves que dejaríamos en muy mal lugar á Teodoro que nos lleva, y á quien yo tengo casi prendido en mis redes, y no conviene desilusionarlo y que se arrepienta de sus intenciones. Ultimamente, si hace falta, despues empenharemos mis. . . .

—Calláte, hija, tu no piensas bien. Teodoro es un mozo formal que no se paga de supercherias, y si te quiere, lo mismo te mirará si ostentas lujo, como si te presentas sencilla y con decencia. El sabe que no somos ricas, como lo saben todos los que nos conocen, mientras que Luisa y Lelia también se sabe que si no son ricas, pueden gastar mejor que nosotras, porque tienen quien se lo dé; y sobre todo, nosotras no debemos hacer lo que hagan otras, sino lo que nos permita nuestras facultades.

Además, yo sé, como lo saben todos los que han querido oírlo de su misma boca, que Teodoro no da mérito á una jóven por lo que lleva, sino por lo que puede llevar; ni tampoco por lo que diga, sino por lo que haga y sepa hacer.

—Ríete de cuentos, máma,

EL B

TEATRO

Compañía

EMERSON

Hoy

ME

A



UN PALCO DE SOLIS —



Una experiencia de magnetismo

MISTA

IS
aliana
RRARI
e Agosto
FELE
unto.



Oración à San Antonio Abogado de los Casamientos



Declaración amorosa a boca de jarro

Teodoro, como todos, lo que quería sería encontrar una mujer rica, y se reiría de todas esas doctrinas.

—No te niego, mi hija, que muchos hombres piensen así, pero por regla general, los que tal piensan, si no acompañan riqueza, por lo menos acompañan inteligencia y trabajo, mientras que nosotros las mujeres solo llevamos gastos y disgustos. Pero tampoco los hombres piensan todos lo que tú dices, esos son los menos. Los más, como le sucede a Teodoro, que sin ser rico, tiene una regular posición, desea, más que una mujer rica, una mujer que, más que gastar, sepa ahorrar y guardar, con otras habilidades que nos son propias, sin que creas por esto que él sea un egoísta; yo sé que él piensa muy bien.

—Mira, mamá; cueste lo que cueste, yo me he propuesto en este día presentarme como la gente, y al que no le guste que se embrome y coma quina.

—No mi hija, nadie se tomará la libertad de decirte si haces mal o bien, por más que lo vean y lo comprendan, como tampoco se embromará nadie por lo que hagamos; las embromadas seremos nosotros, que por este tu gusto hoy, tendremos algunos disgustos después.

Aquí llegaban en su conversación madre e hija, cuando entraron en una tienda y yo continué la marcha, haciendo para mí capote los comentarios a que el tal diálogo se prestaba, como nuestros lectores, seguramente, harán los suyos.

Y todo esto por las fiestas, y por aquello de que nuestra humanidad es todo lo ruin que podamos imaginarnos.

En la plaza Independencia, á la hora del desfile. La concurrencia procura acomodarse en las filas lo mejor posible, lo que da lugar á escenas que son de cajón en actos de esta naturaleza, como las siguientes:

—Oiga Vd., so cara de fuelle, dice una andaluza de rompe y rasga, ¡no ve que me espachurra á mi hija!

—¡Señora dispense! contesta el aludido, que por fortuna era compatriota y paisano.—¡La voy á comprar un coche!

Un poco más lejos y en la misma fila.

—¡Ay! ¡ay! ¡ay! ¡que bárbaro; me ha estropeado un pie!

A la espalda de la fila, tres señoras y una niña en animada conversación y enteramente descuidadas, sienten al oído la escandalosa voz de un italiano que grita:

¡Naranchas doradas, naranchas! que las deja aturdidas por algunos segundos, y maldiciendo del bachicha que tan intempestivamente las interrumpió.

Empieza el desfile.

En el momento de pasar una de las primeras secciones de infantería y en el acto de agacharse una niña á recoger el abanico que se le había caído, los dos soldados de la última hilera, el primero la tropezó, dejándola caer, y el segundo la pisó, dejándola algo mal parada, y maldiciendo ella y sus padres de las fiestas, y su mala estrella, jurando no volver más.

Entretanto, en otro punto oímos lo siguiente:

—Ya ves mi querida Julia, como al fin sucede lo que yo tanto me temía: así son los hombres.

—Pero ché, parece increíble que por esa tonta presumida te deje plantada, después de tantas promesas y...

—Ya ves hijita; una pobretona que no tiene donde caerse muerta.

—Dicen que es bonita, de talento, y que tiene muy buenas maneras.

—Preciso; dicen que á falta de pan, buenas son tortas. Todas las de su condición tienen que aprender algo para ir viviendo; sin embargo de que yo creo que esa vive de algo más que de habilidades de buena ley.

—Ché, no digas eso, no me parece prudente aventurar palabras que no estén basadas en la verdad y la rectitud. Yo he oído decir que efectivamente, es pobre, pero que es un modelo de honradez y joven bastante bien educada y acostumbrada.

—Sali, ché, no seas zorra; la que no tiene otra cosa, ha de cubrir las apariencias con algo, y á mí me consta que esa madrinita tiene embaucados á más de cuatro tocos. Ya verás tú cómo al fin la he de dar un disgusto que se acuerde de mí. Yo lo veré á él en el teatro, donde ella ni va ni puede ir, y veremos quién vence á quién.

—Pues mira, yo soy de opinión que el medio mejor de conseguir algo, sería mostrándole tranquila y digna, haciendo caso omiso de lo sucedido, pues si él te reserva algún cariño, te vendrá á buscar, y del otro modo, tal vez lo alejes.

—Qué me importa; si uno se va, otros vendrán!

—Si mi querida, pero tú no ignoras que no estamos ya en edad de perder el tiempo, y que estas cosas desacreditan.

No pude oír más, porque se retiraron al interior de las habitaciones, y con toda calma me puse en dirección de la peluquería, para hacer lo que no pude verificar el día anterior.

Al mismo tiempo que yo entraba, lo verificaba delante de mí un mozo de excelente apariencia, que inmediatamente tomó asiento, entablándose la siguiente conversación:

—Maestro, necesito que se porte usted como tal, con mi cabecera.

—¿Va usted al baile del club?

—No, amigo, pero hoy me caso y....

—¡Hola! ¡hola! ¿con que se casa usted?

—Dentro de pocas horas. Dicen que cada cosa en su tiempo, y como yo creo que todo hombre pasando de los veinte y cinco años, es perjudicial á la sociedad permaneciendo soltero, puede usted deducir las consecuencias de tal creencia.

—Lo felicito, y... ¿quién es ella?

—Usted no la conoce. Mi futura no es muy rica, pero vale un mundo por sus prendas físicas y morales. ¡Déjeme un poco alto el pelo, maestro!

—Pues señor, me alegraré que ninguna nube empañe el sol de su nuevo estado, y que los lindos cabellos que ostenta permanezcan muchos años en tal estado. ¿Quiere usted que le corte estas guías?

—No maestro! Esas guías son el encanto de mi amada, además de que dan una cierta seriedad muy conveniente á un esposo ó cabeza de familia.

—Le dejo más ancha la pera?

—Sí, maestro, lo quiero todo grande, porque aunque parezca mucha pretensión, ¡no le parece que puedo aspirar á un buen dote?

—Pues no me ha de parecer? ¡yo lo creo! Un buen mozo como usted, inteligente y activo, se merece eso y mucho más. (Y volviendo la cabeza, acompañó á estas palabras con una sonrisa zumbona, que quería decir muchas cosas).

A todo esto, el oficial concluyó conmigo y tomó las de Villadiego, deseoso de dar algún descanso á mi imaginación, aturdida de tanta investigación y expectación.

Con el mismo motivo, me despidió de mis apreciables lectores hasta el próximo domingo. Ya hemos conversado un rato de las fiestas y por las fiestas.

ELENA THEODORINI

Cumpliendo lo que prometimos en nuestro número anterior, publicamos hoy la biografía de la célebre cantante Elena Theodorini que actualmente trabaja en nuestro teatro Solís, y que transcribimos de *La Ilustración Universal*, periódico ilustrado que se edita

en Madrid, donde cantó últimamente la Theodorini y donde volverá á cantar pronto nuevamente, pues ha sido contratada para el teatro Real de aquel punto como *prima donna*.

He aquí la biografía de referencia:

«Entre las muchas cosas que se han dicho de Elena, debemos citar la siguiente frase de un distinguidísimo escritor italiano: «Cuando sonríe, enamora; y sonríe y enamora con frecuencia.»

Verdaderamente es conmovedora su sonrisa, tanto como es dulce su palabra, elegante su cuerpo, clara su inteligencia y grande su inspiración.

¿Qué tiene, pues, de extraño que haya quien se enamore de su sonrisa?

Nada absolutamente.

El autor de la frase no quiso hablar de sus divinos ojos, sin duda por no confiar al papel impresiones tanto más halagadoras, cuanto más secretas.

Todo esto quiere decir que la Theodorini es una mujer superior, y que si no fuese artista, sería una notabilidad por su distinguido trato y conversación atractiva.

Como en nuestro concepto, la mujer es antes que todo, hemos querido empezar riéndola tributo tan respetuoso como entusiasta.

Nació Elena de distinguida familia, que adora en ella como hija predilecta. Su educación, propia de la gente de su clase, fué esmeradísima. Aprendió rápidamente cuanto la enseñaron, y al empezar á conocer los rudimentos de la música, comprendieron sus padres que había nacido para el divino arte.

Era asombrosa su facilidad, admirable su intuición, que salvaba toda suerte de dificultades.

Siendo muy niña, llegó á ser una pianista notable. No se crea que no lo sea hoy. A pesar del complicado estudio del canto, á pesar del esfuerzo que exige el arte escénico, no ha sido ingrata con el instrumento que le reveló las primeras bellezas, é hizo latir con ansiedad su corazón de artista.

Cuando quiso dedicarse al canto, era muy niña todavía, y sus maestros procuraron guardar el tesoro de su voz, que más tarde debía dar honra y provecho.

No ha pasado el calvario artístico: solo leves nubes empañaron breve tiempo su esperanza. Su biografía puede resumirse en estas palabras: «Elena Theodorini tiene 25 años, y es una de las primeras artistas de Europa».

Al principio de su carrera cantó en Milan varias óperas bufas con extraordinario éxito. Sus compañeras dieron en decir que para ese género servía, y mucho; pero que era inútil que intentara probar otro. Y al año siguiente se presentó ante el mismo público, cantando prodigiosamente la *Hebe*, de Halevy; papel de prueba entre las tiples dramáticas.

Ya no hubo duda: la Theodorini fué proclamada artista en toda la extensión de la palabra, y desde entonces empezó para ella una serie de triunfos no interrumpidos.

Milan, Bolonia, Barcelona, Brescia, Madrid y otras poblaciones, la han aclamado, otorgándole sus aplausos.

Nuestro Real ha hecho con ella lo que hace con los cantantes de véras: quedársela, no consentir que otros teatros gozaran oyendo á la encantadora joven, que consideramos como compatriota.

Dos años lleva entre nosotros, y otros llevará, pues sería una inmensa desgracia vernos privados de aplaudir á la simpática tiple.

La oír á Paris, la oír en otros públicos importantes; pero será solo para breves representaciones, cuando ella sale algunos días al descanso.

Elena, que habla con pasmosa facilidad nuestra lengua, á buen seguro que se pondría triste si permaneciera mucho tiempo alejada de España, de esta España que la quiere entrañablemente, y á la cual dedica los mejores años de su vida.

Como todos los artistas de verdadero, de relevante mérito, la Theodorini reúne tan completas, tan armónicas cualidades, que pueden expresarse brevemente. Voz extensa y de magnífico timbre, talento, inspiración, arte, estudio, seguridad y figura; une las condiciones por las cuales brilla con vivísima luz, como esa ingrata estrella de la esperanza, que jamás se aparta de nuestra vista.

Domina todos los géneros, luciendo lo mismo en *Los Hugonotes* y *La Africana*, que en el *Barbero* y *Semirámida*, *Meisóteles* y *Lucrecia*, *Fausto* y *Favorita*.

Últimamente ha obtenido un nuevo triunfo en *Giocanda*, cuya ópera canta á maravilla. Un periódico ha dicho que en la interpretación de la desventurada cantatriz veneciana, ha superado á la Mariani, y nosotros creemos lo mismo.

LA ILUSTRACION UNIVERSAL, al publicar su retrato, no cree añadir laureles á su corona, sino que honrándose á sí propia, consigna el testimonio de la admiración y respeto que le inspira Elena Theodorini, honra del teatro lírico italiano.»

CRÓNICA SEMANAL

POBREZCO.—Según nos cuentan testigos que han presenciado el hecho ha sido, soberana la paliza con que el Dr. Teófilo E. Díaz (hijo) obsequió al interesantísimo cronista de *El Bien Público* D. Francisco García

Santos á causa de haber publicado este en su diario un suelto ofensivo á la dignidad del doctor Díaz.

Ah! *Francisquito* ahí tienes las consecuencias de haberte metido á redentor!

Y bien merecida la tienes para que en adelante cuando algo escribas, tengas por norma de conducta el decir la verdad y no lanzar calumnias impunemente.

Que esta lección para ti poco te agradeable, sirva de ejemplo y correctivo.

EL COLMO DE LA INUTILIDAD.—Verdaderamente, son hombres originales estos señores redactores de *El Telégrafo Marítimo*. ¡Pues no han dado en decir que el incidente Díaz García Santos, será la causa de los grandes males que sobrevendrán; que no hay garantías y que, en fin, dentro de poco vamos á presenciar el caos en nuestro país!

Pero hombre ¿habráse visto gente más ridícula y gestera?

No hay que hacerle los *escribidores* de *El Telégrafo* estan en... Bábía.

¡Señor por Dios! ¿Qué tendrá que ver un hecho particular, aislado completamente, con la marcha progresista del país?

Estos *telegrafistas marítimos* deben ser seguramente visionarios. En lo más insignificante creen ver un fantasma terrible, y todo no es otra cosa que las consecuencias de una oposición sistemática y el despecho de una impotencia palpable.

Hasta dónde llega la inutilidad y el poco tino de ciertos periodistas!... á disparatar en grande escala. Que les den un poco de lo que no tienen!!!

PARA POSTRE.—Mira, Pancracio, ¿á cuál de nuestras hijas pretenderá ese pollo que nos sigue?

—A ninguna. Aquien sigue es á mí.

¡Le debo treinta reales!

Epitafio:
Bajo esta pesada losa
Una vergüenza reposa,
Y asegura un grave crítico
Que es la de un hombre político.

—¿Es Vd. el dueño de esta posada?

—No señora; pero soy padre de mi hijo que es el amo de la posá, y estoy enterado de tó, y si quiere usted hospedarse en ella....

—Si señor, y por eso quiero saber antes si tiene algún cuarto escusado....

—¿Cuarto escusado? ¡Ya lo creo que hay! Y muy gueno y limpio.

—¿Tiene balcones?

—¡Balcones! Cá, no señora; no tiene más que un ventanillo redondo.

—¿Y por ese ventanillo se vé el campo?

—Yo no sé si se verá, porque siempre que he mirado por él ha sido con un ojo y muy de prisa.

Una niña enseñaba á una amiga un bonito baul mundo que tenía en su dormitorio.

—¿Te gustal dijo á su compañera.

—Mucho, respondió esta.—¿Quién te lo ha hecho?

Yo desearía tener otro igual.

—No te lo puedo decir, pero voy á preguntárselo á mamá....

La niña se asoma á la puerta del cuarto y pregunta á su madre que se encuentra en una habitación inmediata:

—Mamá, ¿quién hizo el mundo?

—Dios, contestó la madre.

—No, mamá, te habrás equivocado. Lo haría San José que era carpintero.

—Mira, papá, aquel caballero que vá por allí, le abrochaba á mamá el corsé mientras tu estabas en los baños.

¡Cuernos!

La viuda de un torero
Que era señora de todos
Y morir vió á su marido
Entre las astas del toro,
decía derramando lágrimas,
á su pariente Bartolo.

—¡Siempre que á un toro miro
Se me presenta mi esposo!

No quisiera querer á la que quiere
Que no la quiera yo, porque soy poco
No quisiera alcanzar su amor tampoco,
Si ella su amor de veras no me diere.

Y yo quisiera si es que ella quisiera
Quererla con amor, amor de loco
Amor que, (de pensarlo me sofoco)
Tan solamente con la vida muere.

Yo quisiera querer á esa muchacha,
Yo quisiera quererla y no la quiero,
Aunque no me separo de su puerta.

Quisiera su querer y ver sin tacha
En sus ojos el fuego verdadero
El fuego del amor... pero ¡si es tuerta!